

Confesiones Remixadas

1.

Y le dije... «Me llamo Rubén Santoro Castell». Soy Castell por parte de mi vieja... lo único distinguido que me legó la familia. ¿señas particulares? «Ninguna», le grité. «Cabello castaño, ojos marrones, un metro setenta y uno... setenta y dos, setenta y siete kilos, nada especial», le dictaba el oficial mientras el negro sin dientes castigaba a la máquina de escribir tomando nota. Soy un tipo estándar, un tipo del montón si me quieren clasificar. Juro... aunque me parta un rayo decirte la verdad y nada más que la verdad. Dejame... *please* la licencia, de contarte toda la verdad que viví, o lo que creí vivir como verdadero aunque fuese producto de lo que ahora, esta lacra, titula como “mi frondosa imaginación”.

Todo comenzó esa extraña mañana de Junio. La calle brillaba distinta, la tengo muy presente, alegre, casi primaveral a pesar de la baja temperatura, ¡era lógico para esa época! Sólo pocas personas deambulaban de forma poco habitual, ¡nada lógico para esas horas! Vi a un grupito de chicos que se rateaban del colegio considerando que en ese momento debería estar sonando el timbre como señal de largada para corretear desenfrenadamente, tal como yo lo hacía, en el primer recreo, como era lógico en aquella tortuosa pero inocente etapa de mi vida. Algunas chicas, con ceñidas, mas que ceñidas, apretadísimas camisetas con rayas celestes y blancas iban a hacer sus quehaceres, orgullosas de lucir los colores patrios...la verdad que de esto último no estoy tan seguro. Yo estaba asombrado, como un idiota, esperando el colectivo. A esa hora debía estar cumpliendo con mis obligaciones, reparar los carburadores grasientos en el taller de Villa Luro de mi hermano Marcos. Mi viejo siempre me sermoneaba

con el cuento de cumplir con las obligaciones. ¿De que me sirvió? Ya hacía varios años que había culminado mis estudios en el Enet de Lope de Vega y Baigorria y no había nada que me motivara. No quería iniciar ninguna carrera universitaria como lo formulaban la mayoría de mis compañeros. Ellos, al menos a regañadientes, pensaban en ser ingenieros mecánicos, electrónicos, ingenieros en sistemas, ingenieros navales, ingenieros hidráulicos, pero yo no quería ser nada, pero NADA... NADA, NADA con mayúsculas, sólo quería ingeniármelas, sin éxito hasta el momento, en encontrar la mejor y más económica forma de vivir sin trabajar. Quería convertirme en una especie de ingeniero en Ovología en estado de suspensión o sea un erudito o investigador de las mil y una maneras de hacer huevo todo el tiempo sin que se me páspen los mellizos, ¿no sé si me explico? Yo era casi todo lo opuesto a lo que mi apellido paterno alegorizaba, o sea, no era santo ni toro. No era un santo ya que por esas épocas no creía en Dios, ni en nadie y tampoco creía que hacer cosas buenas era tan bueno como lo vende la sociedad y los políticos. ¿Viste? La mayoría de los santos han muerto como mártires, de las formas más escalofrantes y espantosas, como por ejemplo ser parte de un entremés para las fauces olorosas de los leones en el coliseo del imperio romano... ¡eso! Eso lo vi en historia, todavía me acuerdo, algo me quedo por lo menos.

Volviendo al tema de mi ridículo apellido, considero que tampoco soy un toro, ni para el trabajo ni para los deportes, ni para nada, mi mayor esfuerzo era despegar con agua caliente las lagañas de mis ojos cada mañana frente al espejo del baño después de una noche de birra u otros etílicos brebajes y porqué no... algún churrito que no podía faltar. Para decirte la verdad hay una cosa que me motivaba y me hacía realmente feliz y era tocar el piano con mis amigos. Mi viejo, un caso de escopeta, me obligó, con amenazas de muerte y de extradición al Congo Belga, a finalizar la secundaria, cueste lo que cueste y lo consiguió. El benjamín de la familia, o sea yo, me llevaba todas las materias que tenía la currícula y si me dejaban entrenar también me podía llevar las materias de mis compañeros, exceptuando música y educación física a las que les prestaba una

pizca de atención. No todo era malo conmigo y el estudio, había llegado a tener el premio a la asistencia perfecta, no por motus proprio sino por el cagaso que tenía a que mi viejo me rompiera los huesos o me picaneara con el soldador eléctrico. Juro ante Dios y ante los santos evangelios que nunca agarré un libro, me daban alergia, una especie de sarpullido, arcadas, náuseas, ganas de vomitar, retorcionones de barriga, urticaria... a pesar de todo esto mi vieja siempre decía que era un chico inteligente porque al fin y al cabo me habían regalado el diploma de Técnico mecánico o mejor dicho el certificado de alumno vitalicio que más veces había atravesado las mesas examinadoras de la escuela en sus ciento y pico años de historia. ¡Pobre mi vieja! A ella le encantaba escucharme cantar y siempre les decía a las vecinas que era un chico talentoso y que cantaba igualito, igualito al Charly García. Perdón, me sacó el sombrero para nombrarlo. Ella estaba convencida y se apasionaba hasta ponerse colorada. Siempre decía que yo era “un diamante en bruto”, mi viejo, en cambio, decía que yo era “Más bruto que diamante”. Quería decir “Más duro que diamante”, el bruto... y bueno tengo a quien salir.

Aunque no lo creas, yo siempre fui muy agradecido con mamá, soy un buen hijo, no dejaba que pasara un cumpleaños sin homenajearla con todo los honores, junto al Pichi en percusión y al Juampi en la viola, le brindaba en su honor a toda la parentela un mini recital de tres horas y cincuenta y nueve minutos con la historia viviente y la discografía completa del Rock Nacional y de países limítrofes de habla hispana. El Pichi y el Juampi, eran para mí, mis hermanos de leche, siempre vagueando por la plazita, siempre juntos como los *tres chiflados*. Yo estaba convencido que los tres éramos una especie de Sui Generis remixado, o algo que pretendía parecerse lo suficiente como para ser originales. Eramos los Hippies modernos.

Mi viejo, como buen hijo de tanos, no quería tener un vago en casa, por eso cuando el director del colegio le dio la mano por la paciencia que había tenido por abstenerse de partirme la cabeza con un cigüeñal en tantos años de fracasos, decidió, sin titubear un instante, mandarme derechito al taller de mi hermano mayor, que ya era un

hombre hecho y derecho y liberarse de esa maldición que según decía, mi señora madre, estaban en los genes que había heredado de su querida y tan ponderada suegra o sea mi abuela Julia, que Dios la tenga en la gloria. Mi papa, ni loco ni borracho, hubiera querido llevarme a su taller por temor a que algún día me arrancara las orejas con una moladora o me extirpara la nariz con la morsa y la ayuda de un corta fierro oxidado. Por todo eso y sin remordimientos me endosó a su hijo preferido, Marquitos, sin aviso de retorno ni reclamo ni devolución. Estaba obsesionado con darle a sus dos hijos el oficio con él que habían logrado un buen pasar durante todos estos años incluyendo los años de malaria de las crisis recurrentes de la Argentina.

Luego de esta sintética presentación de mi prestigiosa familia, te sigo contando.

En ese momento me quedé mirando por un instante la pizzería de la esquina de Jonte y Lope de Vega, el tanpreciado y querido Fortín de Villa Luro. Pocas personas estaban dentro tomando un cafecito y leyendo el diario, algunos mozos con los brazos cruzados miraban atentamente los comentarios de un relator deportivo de un televisor que colgaba de un soporte metálico como quien cabecea antes de dormirse. Faltaba apenas una hora para que empezara el segundo partido de Argentina en el mundial de Alemania. Los mozos como verdaderos directores técnicos vociferaban criticando las formaciones que Peckerman ya había anunciado el día anterior.

Me dije: «soy un pelotudo», por la mala suerte que estaba convencido tener. «Nunca pego una, siempre me sale todo mal, pedazo de alcornoque». Me repetía al pensar: “a que otro salame le podrían dar un turno en el Registro nacional de las Personas para sacar el documento nacional de identidad, el mismo día y la misma hora en el que la selección mayor Argentina jugaba contra Serbia y Montenegro”.

Yo, con conocimiento de causa y con miles de testimonios que aseveran lo que te voy a contar, estaba meado por los gatos, perros, loros, guacamayos, pavos reales, jirafas, elefantes y demás fieras del zoológico. Sin lugar a dudas he nacido un martes trece a las trece

horas y trece minutos y que para mí nunca se alinearon los planetas, más bien fui el puntapié inicial del *big bang*. Pensaba que mi cuarto debía estar construido bajo una escalera enorme con siete gatos negros subidos en el último escalón con setenta espejos rotos bajo sus patitas. ¡La pucha que no vale la pena estar vivo en estas condiciones! ¡es jodido y rejodido! ¿no es cierto?

Entonces, miré la mesa que daba cerca de la puerta y vi a dos chicas que seguramente estaban compartiendo apuntes. Muchos muchachos solían usar la pizzería como centro de estudios. Una especie de claustro educativo del café y las medialunas.

Recordé inmediatamente la última vez que me había juntado con Evelin y dos chicos mas a los que no recuerdo para nada. Sólo recuerdo a Evelin, no podía ser de otra manera, ella era mi gran amor imposible, era una piba lindísima. Yo estaba muerto por ella. Evelin era de esas rubias que no pasan desapercibidas en una reunión. Evelin era de esas chicas por las que te quedas con tortícolis por darte vuelta al verla pasar. Ella siempre dejaba una estela mágica llena de gracia y sensualidad. Evelin era una chica bien, ¡muyyy bien!, buena familia, muy buen pasar, inteligente, buena compañera, simpática, las tenía todas, era de las chicas que llevás a tu casa con los ojos vendados para presentársela a tus viejos y luego casarte a los quince minutos sin dudar. Evelin era de esas chicas por la que todos tus amigos te envidian y tus enemigos te odian. Evelin era casi perfecta y de tan perfecta que era, yo el rey de los maricones jamás me animé a decirle nada, todo lo que hablaba con ella eran temas estrictamente aplicados a lo educativo o aquellos que se podrían juzgar como temas políticamente correctos para tratar con una piba tan impoluta y virginal. Jamás me la iba a levantar con esa estrategia, ¡qué pelotudo! En eso el colectivo pasó como un bólido de acero frente a mis narices casi me hace dar vueltas como un trompo humano.

Sentí deseos de entregarme y de volver a casa, ver el partido en mi cuarto, pero sabía lo que me esperaba, tendría que escuchar el sermón de mi viejo porque, una vez mas, no cumplía con mis obligaciones. Pensé que al menos podría ir a verlo con mi hermano al taller, pero imaginé que debería haber algún cliente caracúlico esperando con

impaciencia, como terminaba la reparación retrasada de su carburador y que de esa forma debería escuchar el partido sin chistar por la radio Espica y metido en la fosa.

Por todo eso cambié de opinión y decidí que ese día estaba dispuesto a vencer la adversidad e ir al registro de todas formas, sacrificándome, con la frente bien alta, para exorcizar por completo mi pública y tan conocida mala suerte, al menos poniéndole el pecho a las balas, actitud poco común en mi corta historia de vida.

En eso miré a mi izquierda y veo a lo lejos que se acercaba a todo vapor otro colectivo con la intención de no parar en la parada y pasar el semáforo antes que se ponga en rojo. Con valentía y destreza me bajé del cordón de la vereda y dí un par de pasos sobre el asfalto, tenía que frenar esa enorme bestia que se acercaba como un don Quijote moderno que quiere impactar contra los molinos de viento. Temía lo peor pero abrí mis brazos como el ladrón arrepentido en la cruz a la derecha de Jesucristo y se hizo el milagro, sentí miedo, escuché como el chofer del mega vehículo infernal sacaba el cambio y dejaba que la mole se moviera por el efecto inercial, culminando con un soplido seseado de los frenos al llegar casi pasado a la altura de las líneas blancas peatonales. Me tomé del pasamano y pegué un saltito bastante canchero, como diciendo, "¡No contaban con mi astucia!", como el chapulín colorado, ¿Lo tenés?... Bueno... continuo... al chofer de bigotes tipo tablón no le gusto un carajo mi expresión y me empezó a mirar por el espejo lleno de firuletes, estampitas de San Roque, Santa Rita, la difunta correa y el gauchito Gil. Me paré frente a la máquina expendedora de boletos, metí la mano en el bolsillo y... me preocupé. El chofer me miraba de reojo deleitándose malvadamente por mi consternación. Rápidamente introduje la mano torpemente en el otro bolsillo y saqué un billete de cinco pesos enroscado en el papelito inmundo que indicaba el turno que tenía en el registro. Miré sobre el gran espejo la cara sobradora del chofer bigotudo y la preocupación fue mucho mayor. Un señor de unos cuarenta y cinco con pelada incipiente que estaba en la segunda fila al ver mi cara de desesperación sacó una moneda y me dijo: «Acá tenés pibe, tenés que salir con cambio». Estaba con una sonrisa de

oreja a oreja no sabía como agradecerle, parecía un perro con dos colas. El colectivo no estaba muy lleno y me senté en la primera fila para poder disfrutar del mal humor que sin duda había provocado sobre el chofer esa alma caritativa.

Pasaron unos cuantos minutos y reaccioné que a mi derecha, del lado de la ventanilla había un viejo con una nariz que parecía picada por la viruela y por todas las abejas africanas del planeta. Los pelos como tarugos le sobresalían por los agujeros nasales como patitas de cucarachas. Yo no encontré nada mejor para entretenerme en ese viaje que mirarle la cara al viejo con nariz de albóndiga. En eso el viejo empezó a husmear con su dedo índice por dentro de los orificios como si estuviese buscando petróleo en las islas Malvinas. Vueltas y vueltas daba aquel dedito como un taladro llegando a las zonas más profundas de su cavidad. ¡Qué asco! En eso quitó una bolita verdosa redondita que me obligó a mirar nuevamente hacia el espejo del conductor por la repugnancia que me provocó la actividad de excavación mucosa.

Las cuadras pasaban unas tras otras como ráfagas de viento frente a mis ojos, me empecé a sentir un poco mareado, evidentemente tenía que haber comido algo más contundente en el desayuno y no salir a los tiros como era de costumbre. De a ratos miraba de refilón al chofer bigotudo para adivinar si ya se le había pasado la bronca, reaccionando que su malestar congénito se había profundizado mas aún al tener que estar conduciendo la mole mecánica mientras la mayoría de los habitantes del país estaba esperando ansiosamente el anhelado encuentro deportivo disfrutando de unas facturas *calientitas* con sus amigos o compañeros de trabajo.

Me fui para adelante cuando el chofer apretó contundentemente el pedal del freno al llegar a una parada donde una joven embarazada trataba desesperadamente de detener el armatoste con ruedas. La monumental panza apareció primero frente a mí y al rato apareció la mujer que la sostenía haciendo un colosal esfuerzo para mantener el equilibrio mientras el chofer reiniciaba con violencia su alocada marcha. Ella se paró frente a la expendedora de boletos y empezó a buscar la valiosa monedita mientras el vehículo se movía como una

coctelera entre maniobras descoordinadas sobre baches y cunetas que aparecían como trampas en el camino.

«Levantate pendejo, no ves a la señora con esa zapan», escuché la orden del chofer tan imperativa como inapelable. Me paré casi de un salto, me puse todo colorado. No había reaccionado que era mi obligación dejarle el asiento a la mujer, pero me sentí dolido, maltratado. Miraba para el espejo y para el fondo tratando de encontrar alguna cara apacible, pero solo veía caras con angustia y desazón. Cerca del timbre pude detectar con mi poca experiencia que me brindó la universidad de la calle, a un *punga* desalentado por la baja densidad de pasajeros potenciales a ser hurtados con la más delicada habilidad innata de sus dedos. Estaba persuadido a que ese día las cosas no habían comenzado bien y que nada haría cambiar ese rumbo. Pensé que hubiera sido negocio escuchar la reprimenda de mi padre encolerizado aturdiéndome con sus palabras reiterativas. Afuera el día pintaba celeste y blanco para todo el país sin excepción, para mí era un día negro, tan negro como la mismísima muerte. Miré el reloj y calculé que estarían faltando quince minutos para llegar al Registro balanceándome colgado del pringoso pasamano.